

constituye el problema fundamental del Estado Moderno, en nuestro país.—A. V. A.

BARROS ARANA EDUCADOR, HISTORIADOR Y HOMBRE PÚBLICO, por *Ricardo Donoso*.

Hacía falta que se relatara en forma completa, bien documentada, la vida de Barros Arana. Con motivo del centenario del nacimiento del historiador, celebrado en Agosto de 1930, se encomendó la redacción de esa biografía a don Ricardo Donoso, que acaba de dar cima a su tarea y ha publicado este libro (1). En trescientas páginas condensa el señor Donoso una materia más o menos dilatada. En efecto, si bien la existencia de don Diego Barros es pacífica y carece de complicaciones, no se puede negar que abarca muchos años y se prodiga en múltiples obras. El autor lo llama «educador, historiador y hombre público» en el título de su obra. Y en estos tres órdenes de actividades cavó hondo y dejó una huella que no se ha borrado.

Diez años de Rector en el Instituto Nacional le permitieron emprender y dejar muy avanzada la reforma de la educación secundaria que tenía como rasgos fundamentales la introducción de los estudios científicos y la reforma de los estudios literarios. Como historiador, se le ve sucesivamente historiar la independencia de Chile, las campañas de Benavides, la de Chiloé, como trabajos preliminares para su monu-

(1) Edición de las prensas de la Universidad de Chile.

mental *Historia General de Chile*, seguida del *Decenio* que puede considerarse un apéndice de la última. Fuera de eso, escribe multitud de pequeños ensayos biográficos y críticos, que publica en los diarios o bien en su *Revista Chilena*. Finalmente, como hombre público figura de Ministro plenipotenciario en Buenos Aires, de miembro de la comisión de límites encargada de dictaminar en los asuntos pendientes entre Argentina y Chile y de diputado en un breve período.

Una palabra sobre el método de este libro. El señor Donoso ha aprendido mucho desde la redacción de su anterior biografía de Vicuña Mackenna hasta hoy. Maneja ahora los documentos con mayor soltura y los hace servir a su propósito de narrar hechos y poner en claro detalles. Acumula estos últimos con mayor sobriedad, de modo que su relato corre más limpio y claro. Así vemos que mientras su libro sobre Vicuña Mackenna cuenta cerca de setecientas páginas, este sobre Barros Arana no tiene sino trescientas.

Como toda obra humana, tiene defectos, pero ninguno de ellos me parece tan grande que impida reconocer en estas páginas un bello esfuerzo literario. Tal vez el mayor sea el descuido del estilo, y en lo que se refiere a la composición misma, el lector nota la falta de un capítulo sobre las amistades de Barros Arana. En efecto, Barros Arana cultivó hondas y afectuosas relaciones con algunos hombres de su tiempo, y entre ellas se dedicó a algunas sin reserva. Tal es el caso de su relación con Amunátegui, a quien no descan-

só hasta conseguir que se le erigiera un monumento. Si Barros Arana hubiese tenido un amigo tan bueno y tesonero, ya tendría él también una estatua. Es cierto que el señor Donoso habla de la amistad entre Barros y Amunátegui, pero creo que se podría haber dicho más sobre una amistad de tantos años.

Por mi parte, y aunque el señor Donoso lo afirme y lo apoye en buenas razones, se me hace duro creer con él que las cartas políticas de Severo Perpena sean de don Diego Barros Arana. Aun cuando Barros dió en su vida muestras de ser hombre apasionado y violento, en sus amores y en sus odios, el género de pasión que ha inspirado las cartas me parece poco acorde con sus predilecciones de hombre de estudio, profundamente asentadas ya en la pista de la historia en los años en que esas cartas se publicaron. En todo caso, esta cuestión sólo podría zanjarse con un examen de estilo de las cartas reconocidas como de don José Francisco Vergara y las que el señor Donoso cree escritas por don Diego Barros. Este examen, como se comprenderá, no podría hacerse en esta ocasión.

Creo también que el señor Donoso ha contado un poco superficialmente la destitución de Barros Arana de su cargo del Instituto Nacional. Cuando este hecho se produjo hubo manifestaciones concomitantes que convendría haber narrado. El folleto del señor Loubert, que el biógrafo colaciona en su bibliografía, podría ser la base de esa ampliación del estudio.

Finalmente, he echado de menos

en la bibliografía de Barros Arana algunas publicaciones que merecen mención. Me refiero sobre todo a las traducciones del francés que hizo Barros Arana en los primeros años de su vida literaria, que el señor Donoso acepta al transcribir un fragmento de Barros en que se alude a ellas y que hasta hoy habían figurado en anteriores bibliografías de Barros. En bibliografía, ya se sabe que nada sobra.—*Raúl Silva Castro.*

LIBERTAD Y DESPOTISMO EN LA
AMÉRICA HISPÁNICA, por *Cecil J. J. J.*

El autor de este libro es inglés y ha estudiado con detenimiento la historia, las constituciones políticas y las costumbres de los pueblos americanos, a los cuales conoce también de *visu*. Todos estos caracteres se observan a través de la lectura de *Libertad y despotismo* (1). En estas páginas, en efecto, el autor hace obra de analista, a menudo frío, de los grandes hechos sociales de que ha sido escenario el continente civilizado por España. Pero este análisis es una síntesis al mismo tiempo. Para poderse manejar con soltura en la maraña de los microscópicos detalles de que está hecha la historia de América, el autor ha debido proceder a componer vastas síntesis, cuadros muy amplios, en que sólo se atiende a los rasgos generales. La tergiversaciones que a veces se observan en estos cuadros no arguyen

(1) Editorial España, Madrid, 1931. El libro viene precedido por un prólogo de Salvador Madariaga.